

NEW LEFT REVIEW 114

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2018

EDITORIAL

DYLAN RILEY ¿Qué es Trump? 7

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON El texto perdido 37

RAYMOND WILLIAMS El futuro del marxismo 57

ALEXANDER CLAPP Las dos caras de Atenas 72

CARLOS SPOERHASE *Rankings* estéticos 107

NUEVAS MASAS

ARRUZZA, FRASER &
BHATTACHARYA Manifiesto feminista 123

CRÍTICA

CATHERINE SAMARY Un utópico en los Balcanes 147

TONY WOOD Senderos mesoamericanos 163

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

DYLAN RILEY

Editorial

¿QUÉ ES TRUMP?

LOS DEBATES SOBRE las políticas de Trump y de otros líderes de la nueva derecha han producido un torrente de analogías históricas que recuperan la amenazadora experiencia de la década de 1930. De acuerdo con gran parte de estas observaciones, Trump —por no hablar de Orbán, Kaczynski, Modi, Duterte o Erdoğan— es un personaje autoritario justificadamente comparable con los de la era fascista. Los defensores de esta perspectiva se extienden por todo el espectro político, desde la derecha neoconservadora y la corriente liberal mayoritaria hasta el anarquismo insurgente. El habitual aparato retórico que despliegan es presentar y proteger la identificación de Trump con el fascismo por medio de desmentidos nominales de esa identificación. De ese modo, para Timothy Snyder, un liberal de la Guerra Fría, «hay diferencias», sin embargo, «Trump ha dejado claro desde el principio su deuda con el fascismo. Desde su vinculación inicial de los inmigrantes con la violencia sexual hasta su continua identificación de los periodistas con “el enemigo” [...] nos ha ido proporcionado todas las claves que necesitamos». Para Jason Stanley, su colega de Yale: «No estoy sosteniendo que Trump sea un líder fascista en el sentido de que gobierna como un fascista», pero «su estrategia retórica es muy fascista». Para Richard Evans, un colega liberal de Cambridge, «no es lo mismo», sin embargo, «Trump es un potencial dictador del siglo XXI que utiliza el poder sin precedentes de la redes sociales y de Internet para propagar teorías conspiratorias», «alarmantemente reminiscentes de los fascistas de las décadas de 1920 y 1930»¹.

¹ Timothy Snyder, «Symposium: Repeating History», *Times Literary Supplement*, 16 de noviembre de 2018. Jason Stanley, entrevistado por Isaac Chotiner, «OK, Trump’s Not a Fascist Leader—But does his fascist rhetoric mean he’s on the way to being one?»,

Desde la derecha, el antiguo asesor republicano Max Boot insiste en la idea: «Para ser claro diré que no estoy sugiriendo de ninguna manera que haya alguna analogía entre Trump y Hitler [...] sin embargo, Trump es un fascista. Y ese no es un término que yo utilice a la ligera o a menudo». Para el neoconservador liberal Robert Kagan: «Así es cómo el fascismo llega a Estados Unidos, no con botas militares y brazos en alto, sino con un mercachifle que aparece en la televisión, un multimillonario mentiroso, un ególatra de libro de texto que saca provecho del resentimiento y las inseguridades populares». En la izquierda, el ecomarxista John Bellamy Foster considera que hay «características históricamente diferentes», pero que, sin embargo Trump es un sistemático «neofascista» que, al igual que sus predecesores de entreguerras, busca «la represión de los trabajadores». La teórica *queer* Judith Butler, reconoce que «con Trump tenemos una situación diferente», pero «seguiría llamándole fascista». Para el socialdemócrata Geoffrey Eley, «no tiene sentido hacer equivalencias directas», no obstante, «tenemos la clase de crisis que puede hacer posible que se materialice una política que parece fascismo. Y aquí es donde Trump ha prosperado». El anarcosindicalista Mark Bray manifestaba: «No, yo no diría que Trump es un fascista [aunque] ha mostrado muchas características fascistas [...] el triunfo de Trump fue facilitado por el fascismo (entre otras cosas) y a su vez ha facilitado el fascismo»².

Otra cuestión que tienen en común estos analistas es que sus analogías pocas veces se sitúan en una perspectiva histórica que permita la comparación. En vez de ello tratan el pasado como un almacén de

Slate, 10 de septiembre de 2018; véase también, Jason Stanley, *How Fascism Works: The Politics of Us and Them*, Nueva York, 2018, p. xiv. Richard Evans, «Symposium: Repeating History», *Times Literary Supplement*, 16 de noviembre de 2018.

² Chauncey De Vega, «Max Boot on the End of Conservatism», *Salon*, 16 de octubre de 2018. Robert Kagan, «This is how Fascism comes to America», *The Washington Post*, 18 de mayo de 2016. John Bellamy Foster, «Neo-Fascism in the White House», *Monthly Review*, abril de 2017 y «This Is Not Populism», *Monthly Review*, junio de 2017; y también, *Trump in the White House: Tragedy and Farce*, Nueva York, 2017, p. 29. Judith Butler, «Trump, fascism and the construction of “the people”», traducción de la entrevista de Christian Salmon con Butler, «Pourquoi Trump est un phénomène fasciste», *Mediapart*, 18 de diciembre de 2016. Geoff Eley, «Is Trump a Fascist?», *Historians for Peace & Democracy*, febrero de 2018. Mark Bray, «Interview: “At Its Core, Anti-Fascism Is Self-Defence”», *Truthout*, 11 de febrero de 2018. Entre todos estos autores, Bellamy Foster se diferencia por adelantar la categoría de «neofascismo», una subfamilia dentro del «género del fascismo» a la que considera que pertenece por completo Trump. Por ello no es estrictamente representativo del discurso apofático sobre Trump que postula que «no es realmente fascista, pero no obstante es fascista».

ejemplos inconexos que se utilizan para elaborar cuentos moralizados o construir criterios respecto a los que juzgar el momento actual. El procedimiento es similar a lo que Hegel llamó la forma pragmática de la historia reflexiva: el escritor busca «ejemplos de hechos positivos» (o negativos) sin situarlos en su contexto histórico, creando así una falsa inmediatez en la que el pasado aparece como una reserva de «lecciones». Pero como advertía Hegel, «nada es más superficial que eso»³. En *El dieciocho Brumario*, Marx desarrolló y refinó la crítica de Hegel sugiriendo que la forma pragmática podía convertirse en una fuerza histórica, como cuando «Lutero se puso la máscara del apóstol Pablo, cuando la Revolución de 1789 a 1814 se cubrió alternativamente como la república romana y el imperio romano, y cuando la revolución de 1848 no supo hacer otra cosa mejor que parodiar unas veces a 1789 y otras a la tradición revolucionaria de 1793 a 1795»⁴.

Esta aproximación al pasado distorsiona la cuestión central de la política contemporánea. No se trata de explicar por qué, tras una grave crisis económica y financiera del núcleo capitalista, acompañada de una masiva transferencia de riqueza hacia arriba por parte de gobernantes centristas, Demócratas y Republicanos, han llegado al poder intrusos de derechas –y en unos cuantos casos de izquierdas– sino, por el contrario, por qué estos políticos se han mantenido mayormente dentro del marco establecido. En resumen, la cuestión no es por qué nuestras políticas contemporáneas se parecen a las de la década de 1930, sino por qué no lo hacen. Para ello es necesario abordar seriamente la comparación, contrastando sistemáticamente la era del fascismo clásico –aproximadamente desde 1922 a 1939– con el periodo actual para conseguir una mayor claridad teórica y política sobre la situación presente. Para ello establezco cuatro ejes comparativos: el contexto geopolítico, la crisis económica, las relaciones de clase y nación y, finalmente, el carácter de la sociedad civil y de los partidos políticos. Me centro en el gobierno de Trump en vez de generalizar para todo el abanico de dirigentes y partidos derechistas. Como Achin Vanaik ha mostrado para el caso de la India en su comparación de la hegemonía de Modi con la de Nehru⁵, cada nueva derecha debe situarse cuidadosamente en su propio contexto

³ G. W. F. Hegel, *Reason in History: A General Introduction to the Philosophy of History*, New Jersey, 1997, p. 8.

⁴ Karl Marx, *The Eighteenth Brumaire of Luis Bonaparte*, Nueva York, 1963, p. 15; ed. cast.: *El 18 Brumario del Louis Bonaparte*, Madrid, 2018.

⁵ Achin Vanaik, «Las dos hegemonías en la India», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018.

político-cultural antes de que pueda compararse con las demás. El situar a los sospechosos habituales en sus propios contextos sería extenderse más allá del alcance de este artículo.

I. LA EUROPA DE ENTREGUERRAS

Los fascismos clásicos que tomaron forma en Italia y Alemania serían inconcebibles sin las recientes y entrelazadas experiencias anteriores de la guerra interimperialista y de las sublevaciones socialistas-revolucionarias que se produjeron a escala mundial en un contexto de un enorme exceso de capacidad productiva. La Revolución Rusa surgió de la devastación del frente oriental y después se propagó por los países occidentales, poniendo en marcha una oleada de fraternales sublevaciones en Alemania (1917-1923), Italia (1918-1920) y Hungría (1918-1920) que reflejaron el impacto político de la guerra y formaron el telón de fondo para el surgimiento de los movimientos fascistas. Fue en este contexto donde el ala derecha del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), representada por Gustav Noske y Friedrich Ebert, legitimó la brutalidad de los Freikorps para eliminar a los dirigentes revolucionarios. Los grandes partidos anticapitalistas de la izquierda amenazaron con transformar la crisis de entreguerras acaecida en el seno del capitalismo en una crisis política *del* capitalismo. La oleada de huelgas y ocupaciones de fábricas en Italia durante el periodo 1918-1920 se produjo bajo la dirección de socialistas que estaban comprometidos con la eliminación de la propiedad privada a gran escala. Igualmente, el Partido Comunista Alemán (KPD) continuó funcionando como una organización de masas tras la derrota de los levantamientos de 1919 y 1923, así como durante su «tercer periodo» ultraradical después de 1928; detrás de él, amplificando su amenaza para el capital alemán, estaba el Estado soviético.

Los asalariados experimentaron la crisis de la Europa del periodo de entreguerras alternativamente como una inflación desbocada o un desempleo masivo. Los dos casos clásicos de fascismo europeo fueron en parte reacciones ante esa situación. En Italia, millones de veteranos de la guerra volvieron a casa para encontrarse con la desolación económica. Los excombatientes sin empleo y no aptos para obtenerlo fueron una destacada característica de las escuadras fascistas que, además de destruir organizaciones socialistas con sus expediciones de castigo, también encabezaron ocupaciones de tierras y fábricas prometiendo

trabajo⁶. El contexto económico del auge del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) era diferente del que rodeó al auge del Partido Nacional Fascista (PNF) en Italia. Alemania estaba inmersa en una espiral deflacionaria en 1930, no inflacionaria como era el caso de Italia en la posguerra. Sin embargo, el problema de fondo que afrontaba Alemania en 1930 no era totalmente diferente del de Italia en 1920: el país tenía un sector industrial sobredimensionado, que intentaba competir en un mercado mundial, sobresaturado y arancelariamente dividido, mientras carecía de una base suficiente en la demanda interna. Aunque la República de Weimar sobrevivió a su reajuste de posguerra, solamente conoció unos pocos años de relativa estabilidad económica entre 1924 y 1928, antes de que el país fuera golpeado por la Gran Depresión de 1929 y el consiguiente desempleo masivo. Aquí, como en Italia, una gran parte del atractivo del fascismo se encontraba en su promesa de abordar el problema de la falta de trabajo⁷.

La sobrecapacidad global había aparecido por primera vez a finales del siglo XIX con el comienzo de la Larga Depresión de 1873-1896, cuando unas nuevas y dinámicas potencias industriales –sobre todo Alemania y Estados Unidos– entraron en el mercado mundial. La Primera Guerra Mundial, que fue enormemente destructiva para la vida humana pero no para el capital fijo, solamente agravó estos problemas. En la década de 1920, las economías europeas cargaban con grandes cantidades de instalaciones y equipos desfasados, además de nuevas industrias en expansión. En vez de abandonar las viejas líneas de producción, los capitalistas lucharon por defender las inversiones realizadas a través de las guerras de precios o la introducción de tarifas arancelarias en una situación de caída de beneficios, impresión de dinero y desempleo⁸. En Italia, específicamente, la inversión del periodo bélico trajo una enorme

⁶ Angelo Tasca, *Nascita e avvento del fascismo*, Milán, 2012, p. 542. Tasca traza un paralelismo entre «los dirigentes socialistas que no entendieron el problema de los veteranos de 1919-1922 y los dirigentes sindicales alemanes que no entendieron el problema de los desempleados en 1929-1932». La guerra había eliminado la posibilidad de emigrar que había tenido una gran importancia para gestionar el desempleo estructural en la Italia de preguerra. «Las tradicionales salidas que proporcionaba la emigración y que en 1913 habían canalizado a casi 900.000 trabajadores, sobre todo campesinos sin tierras, se estaban cerrando cada vez más», *ibid.*, p. 17.

⁷ La primera intervención radiofónica de Hitler después de su nombramiento como canciller incluía la promesa de superar el desempleo. Véase Adam Tooze, *The Wages of Destruction*, Nueva York, 2006, p. 37.

⁸ La lógica básica de este razonamiento se encuentra en Robert Brenner, «The Economics of Global Turbulence», *NLR* I 229, mayo-junio de 1998, pp. 26-29.

expansión de la capacidad productiva en los sectores siderúrgico, automovilístico y aeronáutico, que después de 1918 sobrepasaba con mucho la demanda de esos productos tanto interna como externa⁹. La primera reacción de los gobiernos italianos ante este problema fue facilitar las condiciones del crédito para los empresarios, lo que condujo a la inflación y la especulación. El exceso de capacidad fue igualmente severo en la agricultura. Durante la guerra, los países no beligerantes habían aumentado sus exportaciones de alimentos, pero a finales de la década de 1920 los antiguos países combatientes se incorporaron a la producción provocando una caída de los precios que llevó al crecimiento del endeudamiento rural y a la contracción de la demanda¹⁰.

De este modo, la Primera Guerra Mundial agravó los problemas de sobrecapacidad que habían contribuido a establecer la dinámica de la rivalidad interimperialista. Además, con el colapso del Imperio austrohúngaro las nuevas repúblicas independientes levantaron un conjunto de barreras arancelarias en Europa Central, mientras la Revolución Rusa eliminó de golpe un gran mercado potencial¹¹. En Italia y Alemania, los mercados estaban contraídos por una específica combinación de elementos. Después de un furioso proceso de desarrollo capitalista, en la década de 1920 sus industrias siderúrgicas, químicas y eléctricas estaban más «avanzadas» que las del Reino Unido. Pero junto a estos núcleos muy productivos continuaban existiendo grandes atrasos en una agricultura precapitalista, que no podía consumir la producción industrial a un nivel suficiente. Esto aumentó la impaciencia de una clase dominante belicosa, especialmente en la industria pesada, que quería colonias para fortalecer una posición monopolista en el exterior, mientras dependía de presupuestos militares para compensar una demanda interna débil y unos mercados extranjeros saturados.

⁹ Vera Zamagni, *The Economic History of Italy: 1860-1990*, Nueva York, 1993, pp. 223-227. Véase también, Franklin Adler, *Italian Industrialists from Liberalism to Fascism: The Political Development of the Industrial Bourgeoisie*, Nueva York, 1995, p. 162.

¹⁰ Un buen relato de esto se encuentra en Michael Mann, *The Sources of Social Power Volume 3: Global Empires and Revolution, 1890-1945*, Nueva York, 2012, p. 217.

¹¹ Alex Anievas, *Capital, the State and War: Class Conflict and Geopolitics in the Thirty Years' Crisis, 1914-1945*, Ann Arbor (MI), 2014, p. 20; M. Mann, *The Sources of Social Power*, cit., p. 218; Arno Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken? The «Final Solution» in History*, Nueva York, 1989, p. 7; Franz Neumann, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism*, Nueva York, 1941, p. 18.

Dinámicas imperialistas

En consecuencia, una característica central de los regímenes fascistas clásicos era una forma revisionista de imperialismo. Tanto en Alemania como en Italia, estos se hallaban orientados a dar un vuelco al orden geopolítico que estaba organizado en contra de los intereses percibidos y reales de las clases dominantes que mayoritariamente ellos representaban. Alemania, especialmente, se sentía atrapada por el sistema geopolítico que surgió de Versalles¹². La agresiva expansión imperialista, formulada por Hitler en términos llamativamente concretos ya en la década de 1920, encajaba bien con los intereses y perspectivas de sectores importantes de la clase dirigente alemana, por encima de todo del ejército. Como señalaba Arno Mayer: «Ni un solo general alemán puso reparos a la propuesta de invasión y conquista de Rusia»¹³. Había un campo de compatibilidad entre las ideas geopolíticas nazis y conservadoras. El imperialismo fascista italiano fue un fenómeno algo diferente: gran parte de la industria de la zona norte del país (con la excepción de la industria pesada orientada hacia la guerra de la que hablábamos antes), que estaba concentrada en bienes de consumo de elevado valor, dependía de la cooperación internacional y del libre comercio. No obstante, igual que Alemania, Italia era una potencia geopolíticamente revisionista que buscaba su «lugar bajo el sol». La posesión de un imperio se había convertido en el atributo clave de una gran potencia y el imperialismo era una poderosa arma ideológica para ganarse el apoyo de las masas, añadido a cualquier lógica económica. El imperialismo italiano era en gran medida un proyecto de «prestigio» por el que se pagó el precio de aproximadamente medio millón de etíopes muertos en la invasión de Abisinia. Aunque este tipo de expansionismo tenía unos fundamentos objetivos más endeble en la estructura de la elite social italiana que en su contrapartida alemana, la declaración de un «imperio» italiano en 1936 le proporcionó una gran popularidad a Mussolini.

¹² Nicos Poulantzas, *Fascism and Dictatorship: The Third International and the Problem of Fascism*, Londres, 1974, p. 17; ed. cast.: *Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, México DF, 2005. Poulantzas dice que «quien no desee discutir sobre *imperialismo* debería permanecer también en silencio sobre el tema del fascismo». Franz Neumann considera que «el objetivo fundamental del nacionalsocialismo era la resolución mediante la guerra imperialista de la discrepancia entre el potencial del aparato industrial alemán y la realidad que existía y continúa existiendo», F. Neumann, *Behemoth*, cit., p. 38.

¹³ A. Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, cit., p. 203.

El objetivo imperialista de una revisión geopolítica proporcionó a los regímenes fascistas de Alemania e Italia un dinamismo y una coherencia para formular sus políticas que de otra manera no hubieran tenido. La centralidad de la preparación para la guerra se encontraba detrás de sus características más innovadoras, incluyendo las brigadas Balilla de Mussolini y su programa demográfico. El experimentalismo de la política económica nazi no era una aplicación abstracta de las ideas keynesianas, sino un instrumento para la agresión imperialista, estrechamente vinculado a los esfuerzos para asegurar los suministros de materias primas y garantizar mercados para la floreciente industria militar que patrocinaba el Estado. Indiscutiblemente, las sociedades fascistas continuaron siendo sociedades capitalistas: la idea fundamental era garantizar la propiedad privada mientras se utilizaban las finanzas para dirigir la economía en la dirección deseada¹⁴. Los elementos de planificación a menudo fueron acompañados por el fortalecimiento de las empresas privadas. El establecimiento de carteles obligatorios en todas las ramas de la industria alemana durante la década de 1930 fue, por ejemplo, un intento de utilizar el poder del Estado para proteger a las industrias existentes de los problemas de exceso de capacidad productiva¹⁵. En este contexto, y enfrentados con la oposición de la izquierda anticapitalista, estos regímenes estaban dispuestos a adoptar soluciones económicas pragmáticas, que rompieran bruscamente con la ortodoxia precedente. En Alemania, el contraste con las políticas de austeridad impuestas por Heinrich Brüning en 1930 con el respaldo del SPD, fue especialmente notable, ya que permitió que el NSDAP se presentara como una verdadera alternativa a las penurias económicas del liberalismo conocidas bajo la República de Weimar. En Italia, la política económica fue más ambigua. Uno de los primeros actos de Mussolini, bajo el impulso del adusto liberal conservador Alberto De Stefani, fue recortar el empleo estatal¹⁶. Pero más tarde, el gobierno fascista estuvo más que dispuesto a gastar en obras públicas y en planes de creación de empleo, adoptando una fraseología corporativista para justificar estos esfuerzos. Durante la

¹⁴ Giuseppe Bottai, *Esperienza corporativa (1929-1934)*, Roma, 1934, pp. 144, 152 y ss. En la primera de estas páginas, Bottai sugiere que el Estado debía «orientar» y «guiar» la actividad económica; en la segunda, resalta el «carácter excepcional» de la intervención del Estado.

¹⁵ F. Neumann, *Behemoth*, cit., p. 266. Roland Sarti comenta: «Cuando se aproximaba la Segunda Guerra Mundial los empresarios estaban más afianzados dentro del sistema económico y social que cuando el fascismo llegó al poder», R. Sarti, *Fascism and the Industrial Leadership in Italy*, Berkeley (CA), 1971, p. 2.

¹⁶ Alberto Aquarone, *L'organizzazione dello stato totalitario*, Turín, 1995, pp. 10-11.

Gran Depresión, el Istituto per la Ricostruzione Industriale trasladó al Estado pérdidas empresariales mediante la compra de acciones industriales en poder de bancos italianos¹⁷. Pero el estímulo final tanto para el régimen alemán como para el italiano fue la economía de guerra: el gasto militar fue la clave para la recuperación de la economía nacional.

Partido, clase y nación

En términos de clase y partido, los casos clásicos de fascismo del periodo de entreguerras invirtieron el curso del desarrollo político que Marx había establecido en el *Manifiesto comunista*. En él, la burguesía era la primera clase en establecer organizaciones políticas de masas y la clase obrera «aprendía» de ella cuando ambas clases luchaban contra el viejo orden. La unificación de los trabajadores sería «una consecuencia de la unidad de la burguesía, que debe poner en marcha a todo el proletariado para alcanzar sus propios objetivos políticos»¹⁸. El razonamiento de Marx descansaba en un estilizado relato basado en su comprensión de los acontecimientos en Inglaterra y Francia. Pero semejante alianza se vería pocas veces después de 1848. En Alemania e Italia, fue el proletariado el que enseñó a la burguesía lo que era la organización política; ambos países habían generado unos impresionantes partidos socialistas a finales del siglo XIX. En Alemania, el SPD, fundado en 1875, era con diferencia la organización política de masas más importante del país en 1912. En Italia, el PSI estaba considerado un «Estado dentro del Estado», que involucraba a sus miembros en las deliberaciones internas en los congresos del partido y desarrollaba intensos esfuerzos para elevar la educación política.

Esta situación difería drásticamente de la predominante en Gran Bretaña y Estados Unidos, donde los partidos procapitalistas de masas dominaban el escenario político¹⁹. Las burguesías alemana e italiana carecían de

¹⁷ A. Aquarone, «Italy: The Crisis and Corporative Economy», *Journal of Contemporary History*, vol. 4, núm. 4, 1969, p. 46.

¹⁸ Karl Marx, «Manifiesto of the Communist Party», en Terrell Carver (ed.), *Marx: Later Political Writings*, Cambridge, 1996, p. 9; ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid, 2001.

¹⁹ Geoff Eley sostenía que «el moderno partido de masas, que se convirtió en el modelo dominante de movilización política entre las décadas de 1890 y 1960, fue inventado por los socialistas en el último tercio del siglo XIX», dejando de lado los importantes partidos capitalistas del mundo anglófono. Véase *Forging Democracy: The History of the Left in Europe 1850-2000*, Nueva York, 2000, p. 25. El papel del PSI en Italia lo analiza Maurizio Ridolfi, *Il PSI e la nascita del partito di massa: 1892-1922*, Bari, 1992, p. 46.

organizaciones de partido comparables. Sus representantes políticos a finales del siglo XIX estaban organizados como camarillas de notables – los seguidores de Giolitti en Italia, los liberales nacionales en Alemania– o como grupos de presión: los nacionalistas italianos, la Liga Naval, la Liga de Defensa, la Liga Pangermana. En ambos casos faltaba un partido pro-capitalista capaz de recabar un apoyo de masas. Como señaló Togliatti hablando de Italia antes de la Primera Guerra Mundial: «La burguesía nunca tuvo organizaciones políticas fuertes, unificadas en forma de partido»²⁰. Los movimientos fascistas se las iban a proporcionar.

El partido de masas fue algo intrínseco al fascismo de entreguerras. Sin él, ni Mussolini ni Hitler hubieran podido estabilizar su control. Habida cuenta de la fuerza política de la clase trabajadora y de la penetración en la sociedad civil de sus organizaciones, una dictadura personalista basada en el modelo bonapartista no podía generar una estructura de poder sostenible²¹. La base de masas de los partidos fascistas se hallaba formada por una coalición de empleados asalariados y pequeños comerciantes, un segmento de la clase trabajadora y un número considerable de pequeños productores agrícolas en el seno de una formación paramilitar organizada sobre una base nacionalista en contra del socialismo internacional.

Merece la pena destacar dos elementos de esta coalición fascista de entreguerras. El primero fue su relativo éxito para atraerse al creciente estrato de profesionales cualificados: la llamada «nueva pequeña burguesía», incluyendo en ella a mujeres como esposas y madres. En Alemania e Italia, estos estratos –el producto de burocracias nacionales y sistemas educativos, agrupados sobre una base nacional por sus

²⁰ Palmiro Togliatti, *Corso sugli avversari. Le lezioni sul fascismo*, Turín, 2010, p. 39. Se trata de una conferencia ofrecida en 1935 ante los miembros de la Internacional Comunista.

²¹ Trotsky, que inicialmente clasificó el fascismo como una clase de bonapartismo, era consciente de la diferencia: «En la era del declive del imperialismo un bonapartismo bonapartista puro es completamente inadecuado; el imperialismo encuentra indispensable movilizar a la pequeña burguesía y aplastar al proletariado con su peso», «Bonapartism, Fascism and War» [1940], en L. Trotsky, *The Struggle Against Fascism in Germany*, Nueva York, 2001, p. 518 [ed. cast: *La lucha contra el fascismo en Alemania*, Buenos Aires, 1973]. Gramsci parece tener una idea similar: «En el mundo moderno, con sus grandes coaliciones sindicales y políticas, el mecanismo del fenómeno cesarista es muy diferente a cómo fue en tiempos de Napoleón III», *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, 1971, p. 220 [ed. cast.: *Antología*, Madrid, 2013]. Sin embargo, esta nota es bastante difícil de entender, ya que parece agrupar a gobiernos reformistas como el de Ramsay MacDonald con los primeros años de Mussolini en el poder.

asociaciones profesionales y corporativas, o formados por los escalones inferiores de los cuerpos de oficiales— apoyaban básicamente los proyectos nacional-imperialistas y se mostraban profundamente hostiles con el internacionalismo. (En Gran Bretaña y Francia estos estratos podían estar más abiertos a instituciones internacionales como la Liga de las Naciones que parecían defender igualmente los intereses de sus propios países). Una parte considerable de los cuadros de los partidos fascistas estaba formada por estas clases medias²². Las derrotas de 1918-1923 habían debilitado la capacidad socialista para ponerse al frente de estos estratos medios en una lucha para la renovación en profundidad del Estado y la sociedad. A medida que menguaba la influencia socialista, estos grupos pasaron a estar disponibles para la movilización fascista. A su vez, la movilización de masas para la guerra ayudó a formar el tipo de gente que era probable que se sintiera atraída por las tácticas e ideologías fascistas, así como a crear el entorno político en el que los partidos fascistas podían obtener el apoyo de las elites.

El segundo elemento que debemos señalar sobre la coalición fascista es su relativa falta de éxito en atraerse al núcleo de la clase obrera industrial. A pesar del apoyo a la patria de la dirección del SPD —aunque no del PSI— en la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo tenía una limitada atracción para las clases trabajadoras de Alemania e Italia. Esto se hizo evidente con el fracaso de la izquierda fascista —los hermanos Strasser en Alemania, los sindicalistas revolucionarios en Italia— para llevar a la clase obrera hacia una política de prestigio nacional-imperialista. El colapso de estos intentos de la «izquierda fascista», que podrían compararse fructíferamente con el peronismo y que merecen más atención de la que han recibido, es fundamental para entender el curso posterior de los fascismos de entreguerras. No se trataron de expresiones de nacionalismo popular dentro de la propia clase obrera; por el contrario, surgieron en parte como consecuencia del fracaso en propagar el

²² Hay mucha teoría y muy poca evidencia sobre la base social del fascismo de entreguerras. En Alemania, gracias a la historia electoral del NSDAP, hay un buen material sobre pautas de voto, pero no hay buenos datos sobre la militancia en el partido antes de que alcanzara el poder; si el comportamiento electoral es un buen indicador de la «base social» del fascismo es una cuestión importante. El mejor estudio es el de Thomas Childers, «The Social Bases of the National Socialist Vote», *Journal of Contemporary History*, vol. 11, núm. 4, 1976, pp. 17-42, especialmente los cuadros 40-42. El partido italiano no tenía prácticamente ninguna historia electoral, pero, sin embargo, el PNF realizó una encuesta entre sus miembros en 1921, que mostraba una masiva representación de trabajadores administrativos en relación al conjunto de la población, Michael Mann, *Fascists*, Nueva York, 2004, p. 377.

nacionalismo entre un proletariado internacionalista e internacionalmente organizado. Así, en Italia y Alemania las divisiones de clase y nacionales se reforzaron mutuamente para forjar a una alianza de terratenientes, capitalistas y «nueva pequeña burguesía» contra una clase trabajadora internacionalista²³.

La unidad de la clase dominante

Los movimientos fascistas también forjaron una alianza política entre fracciones de la clase dominante, que hasta entonces habían estado divididas. Había una línea divisoria entre los terratenientes relativamente improductivos y solo parcialmente «capitalistas» del este de Alemania y del sur de Italia y los capitalistas industriales en su conjunto. Otra línea de fractura corría entre industriales competitivos orientados hacia la exportación y las industrias pesadas que requerían el apoyo del Estado²⁴. En ambos países, por específicas razones históricas y culturales, estas fracciones de clase no podían encontrar una forma unificada ni en una organización política única ni en un sistema de partidos, que funcionara con la correspondiente alternancia. Estas divisiones se superaron ampliamente bajo los regímenes fascistas, que desarrollaron estrechas relaciones tanto con terratenientes como con capitalistas. Los fascistas proporcionaron una organización nacional para las elites sociales en la forma del partido fascista. Además de sus programas nacional-imperiales, los regímenes fascistas persiguieron políticas de represión salarial y de asistencia económica directa, que ayudaron a todos los sectores de las clases dominantes antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. A finales de la década de 1930, estos regímenes tenían excelentes relaciones con sus respectivas clases dominantes.

²³ Un buen análisis de la base obrera del peronismo en Argentina se encuentra en David Rock, «Argentina, 1930-1946», en *The Cambridge History of Latin America Volume VIII, Latin America Since 1930. Spanish South America*, Cambridge, 1984, pp. 3-71. Analizando las luchas de 1944, Rock señala que Perón se encontró con la oposición de asociaciones de «rancheros» y agricultores, pero que podía contar con «su sindicato y sus partidarios de la clase trabajadora», *ibid.*, p. 64. Un fascinante contraste entre el populismo latinoamericano y el fascismo europeo de entreguerras se encuentra en Gino Germani, *Autoritarismo, fascismo e classi sociali*, Bolonia, 1975, pp. 71-73. Germani había crecido en Italia y militó en el PSI. Posteriormente se vio obligado a emigrar a Argentina debido a las leyes raciales de 1938. Como consecuencia, desarrolló una singular perspectiva comparativa del fascismo y el populismo. Su trabajo fue desafortunadamente asociado con la «teoría de la modernización».

²⁴ David Abraham, *The Collapse of the Weimar Republic: Political Economy and Crisis*, Princeton (NJ), 1981, pp. 9-10.

El partido fascista de cuadros tuvo un marcado impacto sobre la trayectoria de sus regímenes. Surgiendo en el contexto de unas poblaciones muy movilizadas, su desarrollo fue modelado por el dualismo de un Estado «burocrático» y un Estado «prerrogativo»²⁵. Imitando a los partidos comunistas, la jerarquía del partido se basaba «no en un conocimiento intelectual universalista, sino en el *compromiso* con los objetivos y la “línea” de la organización y en la participación en sus luchas»²⁶. Mussolini y Hitler equilibraban a los militantes del partido, que presionaban a favor de una «segunda revolución» contra los burócratas partidarios de las prácticas del viejo régimen. Así, las políticas de los gobiernos fascistas de entreguerras fueron modeladas por una tendencia hacia unos incipientes o reales movimientos frondistas, dirigidos por diversos tipos de auténticos creyentes: Edmondo Rossoni y Roberto Farinacci serían los ejemplos en el caso italiano.

Estas revueltas internas en los partidos a menudo actuaron como un tónico vigorizante para los regímenes fascistas, forzando su extensión a nuevas áreas. En Alemania, el establecimiento de un Estado nacionalsocialista se debió en parte a la presión del NSDAP después de las elecciones de marzo de 1933: la demanda de puestos y posiciones para los cuadros leales explica la expansión del control del partido sobre la vida económica y social. En Italia, la liquidación final del pluralismo político fue una consecuencia de la movilización de los militantes del partido en la estela de la crisis Matteotti. Tanto Mussolini como Hitler disciplinaron y debilitaron a sus partidos con un alto grado de éxito. Pero la lucha entre el partido y el Estado nunca desapareció por completo; realmente, la dualidad de estos regímenes resurgió al entrar en crisis en 1941, cuando la presión del partido fue una importante fuente de «radicalización». En el caso alemán, el partido fue la principal fuerza institucional detrás de la Solución Final. En Italia fue la presión del partido la que obligó Mussolini a apoderarse del control de los sindicatos y las organizaciones profesionales.

En resumen, los regímenes fascistas de entreguerras fueron un producto de la guerra interimperial y de la crisis capitalista, combinadas con una amenaza revolucionaria desde la izquierda. Surgieron en el seno de las

²⁵ Paolo Pombeni, *Demagogia e tirannide: uno studio sull'forma-partito del fascismo*, Bolonia, 1984, pp. 448-449.

²⁶ Göran Therborn, *What Does the Ruling Class Do When it Rules?*, Londres y Nueva York, 2008, p. 49; ed. cast.: *¿Cómo domina la clase dominante?*, Madrid, 2016.

potencias tardías, de segunda fila, que habían sido excluidas del juego imperialista y cuyas sociedades civiles estaban caracterizadas por un elevado grado de movilización política, que contaban con una burguesía nacionalista y una pequeña burguesía enfrentadas a una clase obrera internacionalista y que ofrecían una solución imperialista-revisionista para la crisis.

2. ESTADOS UNIDOS EN EL SIGLO XXI

¿Cuál es la situación en las economías avanzadas en la actualidad en comparación con el periodo de entreguerras? El último gran conflicto geopolítico importante, la Guerra Fría, finalizó sin que apenas se hubiera disparado un tiro entre los dos archiantagonistas y con la rendición prácticamente total del bloque soviético. Estados Unidos fue el vencedor incondicional, mientras que la Unión Europea absorbía franjas de nuevos territorios y de mano de obra barata. Desde el Yukón a Estonia y la cuenca del Danubio, las fuerzas militares de la OTAN están agrupadas bajo el mando de Estados Unidos, que no tiene serios rivales geopolíticos. Desde que finalizó la Guerra Fría, cerca de dos décadas de guerra asimétrica han devastado toda una serie de países musulmanes, pero las repercusiones negativas siguen siendo mínimas para Washington. En lugar de enemigos, el *establishment* de la seguridad estadounidense invoca la amenaza fantasma de los llamados regímenes canallas, que actualmente incluyen a Corea del Norte e Irán, y a un ubicuo «terrorismo». Habida cuenta de la escala de la preponderancia global de Estados Unidos, el auge de un poder regional en cualquier parte chocará con ella, mientras el crecimiento sin precedentes y el tamaño de China cuestiona la propiedad estadounidense del Pacífico Occidental. Pero por ahora China permanece relativamente aislada geopolíticamente, incluso dentro de su propia esfera de influencia, y se halla rodeada de bases militares estadounidenses. A diferencia de la movilización paramilitar de los años de entreguerras, la población del mundo desarrollado, y especialmente la de Estados Unidos, tiene poca tolerancia a las bajas entre sus propios ciudadanos. No están deseando morir por su país²⁷. Desde la Guerra de Vietnam, todos los gobiernos estadounidenses han realizado tremendos esfuerzos para asegurar que los militares puedan operar sin una masiva movilización de los ciudadanos. No habría nada más amenazador que un reclutamiento de civiles.

²⁷ Como refleja Richard Lachmann en *First Class Passengers on a Sinking Ship*, de próxima aparición en Verso.

En términos de la situación económica global hay una similitud genérica con el periodo de entreguerras, ya que el exceso de capacidad industrial a escala mundial está en la base del cambio hacia la financiarización y el crecimiento impulsado por el endeudamiento, dos factores que estuvieron entre las causas de la crisis de 2008 y la Gran Recesión. El fracaso de cualquier operación de saneamiento posterior a la década de 1970 es una de las razones del estancamiento a largo plazo que continúa frenando a las economías avanzadas, donde la rentabilidad solo aumenta a expensas de los salarios²⁸. Sin embargo, hay importantes diferencias en la política económica de los dos periodos. La más evidente es que actualmente el nivel de vida es enormemente superior en Estados Unidos que en la Europa de entreguerras. En segundo lugar, la respuesta bipartidista de Bush y Obama a la crisis financiera de 2008 fue, en sus propios términos, parcialmente acertada. A pesar de la dramática contracción de la economía mundial, el sistema bancario no se desplomó gracias al torrente de dinero barato que proporcionó el Estado a las instituciones financieras, las cuales podían entonces prestarlo a intereses mucho más elevados que los que tenían que pagar²⁹. El desempleo en Estados Unidos no subió por encima del 10 por 100, comparado con el 25 por 100 durante la Gran Depresión. Los remanentes del Estado del bienestar de la posguerra mitigaron los efectos de la crisis sobre la población y evitaron las consolidaciones procíclicas de la década de 1930. Unas políticas monetarias experimentales hicieron subir el precio de los activos, aunque no consiguieron poner en marcha una nueva ronda de inversión³⁰.

Deuda y globalización

Actualmente, el malestar económico se centra en las «desventajas» de la globalización –el traslado al exterior de empleos industriales que quedan sustituidos por una creciente precariedad, más horas de trabajo para afrontar la caída real de los salarios y el crecimiento de la deuda de los hogares– puestas de manifiesto por el billón de dólares dedicado al rescate del sistema bancario. El ratio deuda/ingresos personales en Estados Unidos explotó en el periodo previo a 2008 y ahora se sitúa de media

²⁸ Robert Brenner, *The Boom and the Bubble: The US in the World Economy*, Londres y Nueva York, 2002, pp. 26-27; ed. cast.: *La expansión económica y la burbuja bursátil*, Madrid, 2005.

²⁹ Una lúcida explicación de los mecanismos involucrados se encuentra en Robin Blackburn, «Crisis 2.0», *NLR* 72, enero-febrero de 2012, p. 38.

³⁰ David Kotz, «End of the Neoliberal Era?», *NLR* 113, septiembre-octubre de 2018, p. 36; ed. cast.: «¿El fin de la era neoliberal», *NLR* 113, noviembre-diciembre de 2018.

en el 100 por 100 de los ingresos de los hogares, presentando grandes variaciones regionales: en las costas y en los Apalaches, la deuda está tres o cuatro veces por encima del ingreso de los hogares³¹. En términos sociales, el endeudamiento no es una experiencia colectiva, de la manera en que el desempleo sí lo es, sino una experiencia intrínsecamente personal: cada deudor tiene, por ejemplo, una calificación de solvencia cuantitativamente específica y la crisis para él o para ella toma la forma de la dificultad de pagar las facturas. Por ello la deuda tiende hacia la individualización, o la serialización, de la actividad política. En vez de colectivizar a los asalariados, atomiza a la población en lo que Marx célebramente describió como «un saco de patatas»³². Pero las «patatas» no conducen al fascismo, conducen al bonapartismo, que moviliza individuos en favor de un líder carismático en vez de formar un coherente bloque paramilitar. Si se galvanizaran en la actualidad, probablemente lo hicieran sobre una base defensiva de nacionalismo proteccionista en vez de cómo una mayor agresión imperial.

Esto subraya la dramática inversión de las relaciones clase-nación que es otra diferencia con la década de 1930. En Estados Unidos en la actualidad, una clase profesional proglobalista³³ se enfrenta contra una clase trabajadora blanca «nacionalista», configuración que es casi la contraria de la que existió durante el fascismo de entreguerras³⁴. Los movimientos «populistas» clásicos, como el peronismo, que no se manifiestan demasiado en la actualidad, vinculaban las clases trabajadoras nacionalistas con los trabajadores de cuello blanco —«las nuevas pequeñas burguesías»— también nacionalistas³⁵. El fascismo, por el contrario, surgió en contextos en los que el liderazgo político de la clase trabajadora, los partidos comunistas, eran internacionalistas, mientras que la pequeña burguesía se orientaba hacia el nacionalismo extremo. Lejos de ser una forma de populismo, el fascismo estaba basado en su fracaso. El socialismo, por lo menos en el mundo avanzado, ha surgido allí donde tanto

³¹ Michael Ahn, Mike Batty y Ralf Meisenzahl, «Household Debt-to-Income Ratios in the Enhanced Financial Accounts», *FEDS Notes*, 11 de enero de 2018.

³² K. Marx, *Eighteenth Brumaire*, cit., p. 124. Mike Davis percibió la relevancia de esta interpretación de la política para el ascenso de la Proposition 13 de Howard Jarvis durante la campaña de 1978. Mike Davis, *City of Quartz: Excavating the Future in Los Angeles*, Londres y Nueva York, 2006, pp. 209-210.

³³ El «globalismo» es más cultural que político; una diferencia clave entre el «internacionalismo» de la clase trabajadora y el de los estratos profesionales.

³⁴ Perry Anderson, «Internacionalismo: un breviario», *NLR* 14, mayo-junio de 2002.

³⁵ Nicos Poulantzas, *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, 1978, pp. 204-206; ed. cast.: *Las clases sociales en el capitalismo actual*, México DF, 2005.

el nuevo estrato de profesionales como el liderazgo de la clase trabajadora tienen una orientación internacional: una desafortunada rareza. Las nuevas derechas contemporáneas se diferencian en que intentan movilizar a una clase trabajadora, de orientación nacionalista, en contra de una «nueva pequeña burguesía» que tiene una orientación globalista.

Una diferencia final con la Europa de entreguerras se refiere a la esfera de la sociedad civil y los partidos políticos. En lugar de las organizaciones socialistas de masas de la década de 1920 en Alemania e Italia, Estados Unidos tiene dos poderosos partidos capitalistas que han dominado el escenario político durante más de un siglo. Desde la década de 1980 han sufrido una extrema polarización ideológica, aunque continúen compartiendo un amplio conjunto de políticas fundamentales. Con la parcial excepción de las iglesias evangélicas, el hundimiento de las organizaciones de la sociedad civil, que en su momento movilizaron el apoyo electoral para estas formaciones oligárquicas, ha contribuido al constante declive de la participación electoral; la cultura política estadounidense fortalece así la tendencia político-económica a atomizar la población³⁶. Por otra parte, los movimientos a favor de los derechos civiles de la población negra y de autodeterminación de la mujer, aunque carecen de estructuras organizativas formales, han continuado renovándose y ahora constituyen un elemento significativo del panorama político.

3. EL ASCENSO DE TRUMP

Este amplio contexto determinó las consecuencias políticas que siguieron a la crisis de 2008. Que la respuesta de Obama a la crisis era una bomba de relojería política –infusiones de billones de dólares para Wall Street, gestos vergonzosos para los desposeídos– ya fue evidente en las elecciones de medio mandato de 2010, cuando los republicanos barrieron en el Congreso y el Partido Demócrata sufrió una hemorragia de escaños en las Cámaras de los estados en todo el país³⁷. Surgió una nueva izquierda en respuesta a la crisis y sus primeras señales fueron las protestas estudiantiles de 2010 y las acampadas de Occupy Wall Street de

³⁶ Robert Putnam, *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*, Nueva York, 2000, pp. 31-64; Rogers Brubaker, «Why Populism?», *Theory and Society*, vol. 46, núm. 5, 2017, p. 369; Peter Mair, «¿Gobernar el vacío? El proceso de vaciado de las democracias occidentales», *NLR* 42, noviembre-diciembre de 2006.

³⁷ Mike Davis, «The Last White Election?», *NLR* 79, enero-febrero de 2013, pp. 36, 47; ed. cast: «¿Las últimas elecciones blancas?», *NLR* 79, marzo-abril de 2013.

2011, pero fue demasiado pequeña, débil y lenta como para hacerse oír y solo generó una dinámica nacional con la campaña de Sanders de 2015. Como consecuencia, el asalto más importante tanto sobre la respuesta inmediata de Bush como sobre las políticas de Obama vino de la derecha anarco-capitalista. El modelo fue evidente desde el principio. Los oponentes más firmes del famoso Programa de Ayuda para Activos en Problemas (TARP), que autorizó al Departamento del Tesoro a comprar al sector financiero activos tóxicos por valor de 700 millardos de dólares, se encontraban en la derecha republicana³⁸. Si el Tea Party surgió inicialmente de la rabia creada por los rescates, el incómodo espectáculo del tibio keynesianismo de Obama y su incomprensiblemente tecnocrático proyecto de ley de reforma del sistema sanitario le proporcionaron blancos fáciles. Además, y en comparación con las protestas estudiantiles y con Occupy, la rebelión del ala derecha tenía la ventaja de ofrecer soluciones fáciles de entender.

La campaña de Trump para la nominación presidencial se construyó sobre esta politización inicial. Aprovechando la fortuna que había acumulado su padre como promotor inmobiliario abusivo y movilizándolo en los programas de variedades de la televisión, Trump lanzó un vigoroso ataque contra las elites globalistas, que se habían gastado miles de millones de dólares ayudando a que otros países —especialmente China— se hicieran ricos. Los aranceles proteccionistas, un muro fronterizo y un masivo programa de infraestructuras harían que América volviera a ser grande de nuevo. A pesar de que su grosería y falta de refinamiento supuestamente no le hacían apto para la presidencia, Trump ganó la nominación republicana precisamente porque era diferente a todos los demás. Este atractivo coincidía claramente en cierta medida con la actual política invertida de la clase y la nación. Aquí sería fútil separar las cuestiones «culturales» de las «económicas», porque ambas están indisolublemente vinculadas. En la medida en que la agenda económico-nacionalista de Trump tenía una base popular, esta se hallaba en los estratos obreros y de clase media que habían sufrido la deslocalización del empleo y que temían la competencia de los inmigrantes, a quienes no daban la bienvenida como fuente de mano de obra barata.

³⁸ El recuento de votos en el primer, y fallido, intento de sacar adelante el TARP fue de doscientos cinco a favor y doscientos veintiocho en contra. En la primera ronda solamente sesenta y cinco republicanos votaron a favor del programa en comparación con los ciento cuarenta demócratas: Adam Tooze, *Crashed: How a Decade of Financial Crises Changed the World*, Nueva York, 2018, p. 184.

El análisis de quienes apoyaron a Trump antes de las elecciones de noviembre de 2016 sugiere que estos probablemente carecían de formación universitaria y tenían unos ingresos ligeramente superiores a la media, así como que tuvo éxito entre los trabajadores manuales cualificados³⁹. Los intereses materiales inmediatos de estos grupos en la era de la globalización plausiblemente se puedan expresar en términos nacionalistas. La jugada clave de Trump en 2016 fue combinar el núcleo del electorado republicano –evangelistas, votantes sureños blancos relativamente ricos, rurales y suburbanos; una parte de la clase obrera de los Apalaches– con una parte de los votantes indecisos de la clase trabajadora del alto Medio Oeste⁴⁰. En 2018 se vería muy apurado para conservar esa alianza.

Más llamativa en términos de clase, es la relación hostil de Trump con sectores clave de la elite estadounidense, en marcado contraste con las buenas relaciones que los líderes fascistas de entreguerras tuvieron con sus altas burguesías y terratenientes. Violando las «normas» de la democracia capitalista, @realDonaldTrump señala regularmente a importantes corporaciones estadounidenses –General Motors, Google, Pfizer, Amazon y Comcast, dueña de NBC– para lanzar devastadores ataques sobre ellas. Las elites empresariales estadounidenses están divididas no solo entre intereses sectoriales que compiten por la generosidad del Estado en un contexto de estancamiento estructural –por ejemplo combustibles fósiles frente a energía nuclear, o la defensa que hacen las compañías de seguros médicos del paquete de masivos regalos a las empresas conocido como la *Obamacare*, esto es, la *Patient Protection and Affordable Care Act* [Ley de Protección al Paciente y Cuidado de Salud Asequible]–, sino también sobre importantes cuestiones relativas al libre comercio global, los flujos de capital y el proteccionismo, habida cuenta

³⁹ Jonathan Rothwell y Pablo Diego-Rosell, «Explaining Nationalist Political Views: The Case of Donald Trump», *SSRN*, 15 de agosto de 2016. Aunque más sustancial de la que existía en el periodo del fascismo de entreguerras, la evidencia del apoyo social de Trump no es muy sólida, especialmente en términos de análisis de clase. Hay tres tipos básicos de información: encuestas a pie de urna en las que la «educación» se utiliza como un indicador de la posición de clase; encuestas que pretenden relacionar «actitudes» con votos y por ello también están amenazadas por la sombra de la tautología, y análisis «ecológicos» en los que las características de la población local, en vez de las de los individuos, se vinculan con resultados de las votaciones.

⁴⁰ El mejor análisis de ello lo hace Mike Davis, «The Great God Trump and the White Working Class», *Catalyst*, vol. 1, núm. 1, 2017, donde resalta la importancia de la alianza de Trump con los cristianos evangelistas a través de Mike Pence, y pone de relieve también que el voto de la clase trabajadora en el alto Medio Oeste en una medida significativa ya existía con los «Demócratas por Reagan».

de la simbiótica aunque agonística relación entre Estados Unidos y una China en ascenso. En vez de intentar superarlos, el gobierno de Trump ha conseguido exacerbar los profundos conflictos de intereses presentes en el seno de la clase dominante.

Su falta de cualquier conexión orgánica con la clase de la que forma parte se puede observar en el colapso de su «Manufacturing Jobs Initiative» [Iniciativa por los empleos industriales], tras sus famosos comentarios sobre Charlottesville, y en la dimisión del antiguo miembro de Goldman, Gary Cohn, como presidente del Consejo Económico Nacional con motivo de los aranceles impuestos por su administración sobre el acero y el aluminio⁴¹. Así que aunque la Bolsa parece funcionar relativamente bien y los recortes de impuestos y la desregulación son bienvenidos, hay un elevado nivel de intranquilidad dentro de la clase capitalista estadounidense por lo que se refiere a Trump. Las relaciones con los intelectuales y los medios de comunicación son todavía peores. Grandes figuras del partido republicano como Karl Rove se muestran abiertamente críticas con sus sostenidos ataques contra las corporaciones de «noticias falsas» y con su falta de apoyo entre los sectores con mayor formación cultural.

Las relaciones de Trump con las elites relacionadas con la seguridad nacional y la burocracia imperial han sido igualmente antagónicas. El presidente muestra un claro desprecio por las escuelas de Relaciones Internacionales y por «su» agencia, el Departamento de Estado; la Casa Blanca propuso inicialmente recortar su presupuesto el 30 por 100⁴². Ha habido numerosos gritos de alarma desde este sector sobre la «precipitada caída del prestigio e influencia de Estados Unidos en todo el mundo», mientras acusaba a Trump de «haber denigrado y diezmado» los servicios civiles profesionales, especialmente el Departamento de Estado, la CIA y el FBI⁴³. Se trata del único presidente en la historia que ha tenido la temeridad de hacer una declaración pública sobre lo que cuesta el despliegue estadounidense en Europa y Asia, lo cual ha provocado indignados comentarios a lo largo de todo el espectro político,

⁴¹ David Gelles *et al.*, «Inside the CEO Rebellion Against Trump's Advisory Councils», *The New York Times*, 16 de agosto de 2017, y «Gary Cohn's Departure from White House Has Wall Street Worried», *The New York Times*, 7 de marzo de 2018.

⁴² Nahal Toosi, «Tillerson Scales Back State Department Restructuring Plan», *Politico*, 7 de febrero de 2018.

⁴³ Samantha Power, «How Mike Pompeo Could Save the State Department», *The New York Times*, 13 de marzo de 2018; John Shattuck, Amanda Watson y Matthew McDole, «Trump's First Year: How Resilient is Liberal Democracy in the US?», Carr Center for Human Rights Policy, 2018.

que ha condenado al presidente por no entender el papel decisivo que desempeñan las bases militares del país en el extranjero. En realidad, el Departamento de Estado, con el apoyo del Partido Demócrata, a menudo ha sido más beligerante que el propio Trump, obligándole a adoptar una línea más dura sobre Rusia y Corea del Norte⁴⁴.

En el exterior, Trump ha roto sistemáticamente muchos tabúes al mezclar exigencias comerciales sobre los aliados con exigencias de tributo militar. Sin embargo, su posición declarada no es revocar el orden internacional sino en realidad mejorar la primacía estadounidense dentro del mismo. Por ello en este terreno hay una continuidad mucho mayor de lo que en principio se podría suponer. Trump ha aumentado el presupuesto militar y exigido una modernización de su arsenal nuclear, pero estas propuestas suponen básicamente una continuidad con la administración anterior. En el frente comercial es demasiado pronto para decir qué es simple espectáculo a efectos electorales –el ALCA revisado y rebautizado: promesa cumplida– y qué es política dura. Muy consecuentemente, la administración de Trump está llena de halcones con la mirada puesta en China, lo cual intensifica el «giro hacia Asia» de Obama, aunque el abandono de Trump del estancado Trans-Pacific Partnership (TPP) dio al traste con un acuerdo comercial contrario a China. En Oriente Próximo, la Casa Blanca se inclina hacia el ala derecha del consenso bipartidista, continuando con el apoyo de Obama a la guerra saudí en Yemen, mientras aprieta las tuercas a Irán. Desechar el Joint Comprehensive Plan of Action (JCPA) es una patada a su predecesor, pero también Obama había amenazado a Teherán con que «todas las opciones están sobre la mesa», utilizando la guerra cibernética contra el régimen e intentando estrangular la economía iraní.

En el ámbito interno, la habitual economía política de los Republicanos de recortes fiscales y desregulación ha sido embellecida con la imposición de aranceles por orden ejecutiva y con la renegociación de acuerdos comerciales. El gabinete de Trump combina personal convencional del

⁴⁴ Un miembro de su gobierno escribió un famoso artículo anónimo para *The New York Times* en el que señalaba que Trump «se había quejado durante semanas de altos cargos del personal que le abocaban a una nueva confrontación con Rusia, al tiempo que expresaba su frustración porque Estados Unidos continuara imponiendo sanciones al país por su maligno comportamiento. Pero su equipo de seguridad nacional era consciente de que había que emprender esas acciones para que Moscú se mostrara dócil», Anonymous, «I am Part of the Resistance inside the Trump Administration», *The New York Times*, 5 de septiembre de 2018.

Partido Republicano con algunos nombramientos en puestos utilizados como comodines. Incondicionales del Partido Republicano ocupan los Departamentos de Estado, Seguridad Nacional, Salud y Servicios Sociales, Energía, Trabajo, Transporte, Interior, Agricultura, Veteranos y la Oficina de Administración y Presupuesto. La CIA está en manos de un veterano con treinta años de carrera. El Departamento del Tesoro, como es habitual, en manos de un tipo de Goldman Sachs. El Departamento de Defensa está bajo el control de un general de carrera. Esto deja al neurocirujano y gurú de la vida saludable, Ben Carson, en Vivienda y Desarrollo Urbano, a la multimillonaria evangélica, Betsy DeVos en Educación, al especulador de empresas en dificultades Wilbur Ross en Comercio, y al cabildero de la industria del carbón Andrew Wheeler en la Oficina de Protección Ambiental. Estas agencias son las más relacionadas con el bienestar de la población y, en consecuencia, son relativamente marginales para las preocupaciones básicas del capitalismo estadounidense. Los programas que se persiguen difícilmente están en contradicción con los objetivos conservadores: neutralizar la *Fair Housing Act* (Carson), apoyo a las universidades privadas y a los abusivos préstamos para la educación (DeVos), distorsionar el censo (Ross), negar el cambio climático, desregular el *fracking* y abandonar los Acuerdos de París (Wheeler). Trump depende electoralmente de los votantes evangélicos del Partido Republicano y se ha esforzado para que el Tribunal Supremo cumpla con ellos: una agenda que cualquier candidato republicano hubiera firmado.

Ciertamente, el estilo de liderazgo de Trump rompe las normas: su menosprecio por la hueca sobriedad de la oficina presidencial y su abierta insistencia en la lealtad personal; su espectáculo de toma de decisiones sobre la marcha dirigido a sus más de cincuenta y siete millones de seguidores en Twitter; su mensaje racista y su generalizada grosería⁴⁵. Pero sus luchas con la Administración pública son en gran medida personales, producto de su estilo autocrático y no tienen nada en común con la radicalización de los cuadros que contribuyó a dar forma a los regímenes fascistas de entreguerras. Trump no tiene ninguna organización de ese tipo bajo sus órdenes. Producto de una cultura política dominada por el dinero y el espectáculo, Trump ha amarrado su estrella al Partido Republicano y su Administración es en gran medida su criatura.

⁴⁵ Sobre la educación y formación personal de Trump véase, Sidney Blumenthal, «A Short History of the Trump Family», *London Review of Books*, 16 de febrero de 2017. Una rara defensa de su comportamiento en el cargo se encuentra en Charles Kesler, «Breaking Norms Will Renew Democracy, Not Ruin It», *The New York Times*, 23 de agosto de 2018.

4. PATRIMONIALISMO INADAPTADO

Pero si «fascismo», como quiera que se defina el término, es una categoría engañosa para comprender esta presidencia, ¿cuál sería una mejor aproximación conceptual? Aquí puede ser útil recordar las tres formas de dominio de Weber, cada una de ellas dotada de su propio aparato de dominación y su propia lógica de legitimación: la carismática, la patrimonial y la burocrática. Cuando Trump ha tenido espacio para determinar el carácter del poder ejecutivo, ha actuado menos como un moderno líder de un partido burocrático que como el cabeza de familia patrimonial de un hogar. En la descripción de Weber:

El gobierno patrimonial carece por encima de todo de la separación burocrática entre la esfera «privada» y la «oficial». También la administración política se trata como un asunto puramente personal del gobernante y el poder político se considera parte de su propiedad personal que puede ser explotado por medio de contribuciones y cuotas⁴⁶.

Sin embargo, el patrimonialismo, según se entiende aquí –un gobierno manejado como un hogar, con poca o ninguna distinción entre los intereses públicos y privados del líder, cuyos favores aseguran la lealtad de dependientes y seguidores– era una forma de dominio diseñada para las sociedades precapitalistas premodernas en las que el peso ideológico de la «tradición» podía bastar para legitimar el proceso de dominación. En el periodo final del Imperio romano y en la Europa medieval, este sistema podía organizar reinos enteros. La idea de gobierno de Trump es exactamente patrimonial en este sentido. Para él, la relación del personal con el líder no indica un compromiso impersonal con el gobierno del Estado, sino «la lealtad de un servidor, basada en una relación estrictamente personal»⁴⁷. En resumen, es familiar. Los lazos de lealtad puramente personal unen a Trump al sórdido entorno de lumpen-millonarios (Ross y Kushner dentro de la Administración, Thomas Barrack fuera) y a las varias clases de aduladores (Miller, Whitaker). Sin embargo, Trump practica este estilo de gobierno estando al frente de un moderno Estado capitalista. Esto es una combinación inherentemente paradójica.

La elección de Trump ha insertado esta estructura patrimonial como un cuerpo extraño dentro del enorme Estado burocrático, legal y racional

⁴⁶ Max Weber, *Economy and Society: An Outline of Interpretative Sociology* II, Berkeley (CA), 1978, pp. 1028-1029; ed. cast.: *Economía y sociedad*, México DF, 1993.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 1030-1031.

estadounidense, creando graves problemas de gobierno. Uno de ellos es que la red patrimonial de Trump es simplemente demasiado pequeña para poder situar en las agencias federales a gente que sea mínimamente competente y cumpla con el deseado estándar de lealtad. La elevada tasa de renovación —una tercera parte del personal más influyente de la Oficina Ejecutiva de la Presidencia tuvo que ser sustituido en el primer año— es un síntoma de esta inadecuación⁴⁸. La lentitud del gobierno de Trump para cubrir puestos directivos en la burocracia federal puede parecer una estrategia republicana para socavar a las agencias, pero es más probable que se deba a la distante relación de Trump con el Partido Republicano y a la pequeñez de su propia red de contactos.

Un segundo problema es la activa resistencia del Estado legal-racional frente al concepto patrimonialista del gobierno. Los comentaristas a menudo presentan el conflicto entre Trump y la burocracia como un conflicto entre un presidente autoritario y los portadores de las «normas democráticas»⁴⁹. Pero Comey (autor de un memorándum aprobando trece formas de tortura bajo la Administración de Bush), Mueller (fervente defensor de la vigilancia secreta masiva), Wray (que trabajó con Comey cuando este estaba proporcionando justificaciones legales para la tortura) y Rosenstein (un especialista en cortar filtraciones), tienen en el mejor de los casos un dudoso compromiso con la democracia o incluso con la Constitución, en la medida en que esta recoge la protección de los derechos individuales. Si acaso, su orientación es hacia la legalidad, en el estrecho sentido de reglas escritas entendidas como la base de la acción legítima; los funcionarios burocráticos, a diferencia de los patrimoniales compañeros de mesa, se supone que consideran sus actividades como el cumplimiento de un deber con el gobierno, no con la persona⁵⁰. La llegada de Trump a la Casa Blanca ha desatado por ello una lucha titánica entre estructuras de dominación opuestas, representada más evidentemente en la investigación Mueller. Este costoso conflicto es un límite evidente para la agenda del gobierno. Significa que, en la práctica, el patrimonialismo no puede ser absoluto.

⁴⁸ Kathryn Dunn Tenpas *et al.*, «Tracking Turnover in the Trump Administration», *The Brookings Institution*, 7 de noviembre de 2018.

⁴⁹ Entre numerosos ejemplos, véase Steven Livitsky y Daniel Ziblatt, *How Democracies Die: What History Reveals about Our Future*, Nueva York, 2018, p. 99.

⁵⁰ M. Weber, *Economy and Society*, cit., p. 959.

Atracción limitada

Además, aunque el estilo de gobierno de Trump pueda ser patrimonial, su legitimidad no puede depender del peso de la tradición, del poder simbólico del pasado eterno; tampoco es legal-racional. Solo puede ser carismática. Esto supone una segunda contradicción, ya que el líder patrimonial no requiere tener carisma, algo que en las sociedades premodernas es típicamente un atributo de profetas, no de gobernantes. La versión de Trump del carisma se deriva de su capacidad para hablar un lenguaje que –por muy a menudo que pronuncie patentes falsedades– suena mucho más cercano a verdades ordinarias, sin adornos, que las frases rutinarias y los eufemismos oficiales de cualquier otro político a la vista. Otra especialidad es la manera con que se salta las aburridas rutinas del poder oficial: rompiendo discursos, insultando a dignatarios extranjeros, llamando «colección de mediocridades» a la familia Bush, etcétera. Su atractivo es el del rompedor de tabúes, eso sí, con una fanfarronería machista⁵¹.

Pero el carisma tiene que trasmitirse y hay dos maneras de hacerlo: a través de una organización –un movimiento o partido, típicamente la forma moderna– o a través de medios de comunicación de uno u otro tipo, típicamente la forma posmoderna. En el caso de Trump, Fox y Twitter, junto a un surtido de páginas web de la derecha, proporcionan esa proyección a la población. El resultado recuerda la descripción que hacía Marx en *El dieciocho Brumario* del control de Louis Napoleon sobre un atomizado campesinado francés. Pero si ese fue quizá el ejemplo más temprano de carisma sin organización de masas, no se trasmitió a través de los medios de comunicación, sino por medio de la «leyenda»: el recuerdo de Napoleón I como consolidador de la Revolución que distribuye tierras a los campesinos tomado prestado por la mediocre persona de su sobrino. Actualmente, el liderazgo carismático polariza a un público serializado a través de los medios de comunicación, de manera similar a la descripción que hacía Sartre de la cola del autobús: la unidad de los partidarios de Trump consiste en la imagen de Trump, al igual que la unidad de los que esperan en esa cola consiste en el autobús que están esperando. Pero este es el formato posmoderno estándar, ejemplificado por Obama y Berlusconi con anterioridad a Trump⁵².

⁵¹ Véase el agudo análisis de David Bromwich en «Act One, Scene One», *London Review of Books*, 16 de febrero de 2017 y «American Breakdown», *London Review of Books*, 9 de agosto de 2018.

⁵² Jean-Paul Sartre, *Critique of Dialectical Reason*, vol. I, Londres y Nueva York, 2004, p. 262; ed. cast.: *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, 2004.

El carisma posmoderno arroja todavía otra contradicción para un potencial gobernante patrimonial. Idealmente, el aura carismática se transmite al equipo que le rodea a través de alguna clase de ideología, creando un estrato de discípulos que puede propagar el mensaje central hacia el exterior y hacia abajo. Pero Trump no tiene un mecanismo para hacer esto y por ello carece de discípulos. Bannon fue rápidamente marginado, en parte por el empuje del Estado legal-burocrático y especialmente de su ala militar-imperial –primero fue despedido del Consejo Nacional de Seguridad–, pero también porque Trump instintivamente entendió que las pretensiones intelectuales de Bannon eran una amenaza para la lealtad puramente personal que es la única base para incorporarse a la Administración. Jefferson Sessions, la cosa más cercana dentro del gabinete a lo que sería un ideólogo, es otro ejemplo. El fanatismo contra la inmigración de Sessions, está enraizado en una teoría del desarrollo de Estados Unidos durante más o menos los últimos noventa años. En su opinión, las masivas desigualdades de la *Gilded Age* (1870-1900) fueron una expresión de la incontrolada inmigración del sur y el este de Europa. Con la aprobación de la *National Origins Act* de 1924, la población europea fue asimilada convirtiéndose en una clase media trabajadora blanca y homogénea, la base del poder mundial de Estados Unidos y de la tranquilidad del país en el siglo XX⁵³. Es notable que Trump le obligara a abandonar su puesto debido a su insuficiente lealtad, reemplazándolo con el desventurado y aparentemente falto de ideas Matthew Whitaker. Este frustrado patrimonialismo se expresa en la mezcla de lealtad pública servil y rampantes fugas y traiciones, que caracterizan al círculo interior del gobierno.

La combinación de un líder carismático gobernando de manera patrimonial sobre un Estado burocrático legal-racional en un sistema político que es mayormente oligárquico, dentro de sus formas democráticas, es constitutiva y múltiplemente contradictoria. Por ello, la incoherencia de Trump como gobernante no es solo, aunque también, un error temperamental. Es una consecuencia estructural de la clase de personaje que representa y que preside sobre la clase de ordenamiento político

⁵³ Adam Serwer, «Jeff Sessions's Unqualified Praise for a 1924 Immigration Law», *Atlantic*, 10 de enero de 2017. Serwer cita una entrevista de *Breitbart News* de 2015 donde Sessions decía: «Hay quien piensa que siempre hemos tenido esta cantidad [de emigrantes], y no es así, es muy excepcional, es un cambio radical. Cuando en 1924 las cifras alcanzaron estos valores, el presidente y el Congreso cambiaron la política y se ralentizó significativamente la inmigración. Entonces fuimos asimilándolos hasta 1965 y creamos realmente la sólida clase media de Estados Unidos, con inmigrantes asimilados; y fue bueno para Estados Unidos».

cultural que es Estados Unidos en la posmodernidad. La forma extrema de hibridez que representa sugiere que es inútil asignarle una u otra clasificación general como fascismo, autoritarismo o populismo, incluso aunque Trump pueda exhibir características de por lo menos la tercera e incluso de la segunda, así como nacionalismo, racismo y sexismo. Incierta en su origen, esta forma de gobierno es una mezcla demasiado inestable como para tener poder de permanencia. No hay una ideología o una «causa» trumpiana con la que los leales puedan comprometerse cuando abandone el poder. Después de todo, el propio origen político del presidente está firmemente enraizado en la máquina del Partido Demócrata de Nueva York.

Las elecciones de medio mandato de 2018 subrayaron esta debilidad. Incluso con las ventajas, en términos relativos, de un clima económico extraordinariamente favorable y la asombrosa manipulación de los distritos electorales por parte del Partido Republicano, estas elecciones mostraron un marcado distanciamiento de los votantes en el decisivo Alto Medio Oeste –Wisconsin, Michigan, Pennsylvania– y una severa erosión de su apoyo en Arizona y Texas. Más de sesenta millones de electores votaron a candidatos demócratas, contra aproximadamente cincuenta que lo hicieron a favor de los republicanos. Las mujeres votaron en contra de Trump con una diferencia de diecinueve puntos; la ventaja que tuvo en 2016 entre las mujeres blancas ha desaparecido. Los votantes jóvenes y los hispanos acudieron a las urnas en una cifra record para unas elecciones de medio mandato y los votantes entre 18 y 29 años votaron por el Partido Demócrata con una diferencia de treinta y cinco puntos. Los demócratas recuperaron el Congreso gracias a las fuertes ganancias cosechadas en las áreas suburbanas, donde viven la gran mayoría de los estadounidenses, y ganaron el voto independiente con doce puntos de margen. El dominio del Partido Republicano en los poco poblados estados rurales le proporciona una ventaja en el Senado y en el Colegio Electoral, y el respaldo de Trump –y sus andanadas en Twitter contra los migrantes de América Central– puede haber ayudado a los candidatos republicanos en Indiana y Dakota del Norte. Pero sus resultados fueron un desastre en la mayoría de los estados «oscilantes» y en los distritos electorales suburbanos⁵⁴.

⁵⁴ Nate Silver, «Trump's Base Isn't Enough», *FiveThirtyEight*, 20 de noviembre de 2018; Geoffrey Skelley, «The Suburbs—All Kinds of Suburbs—Deliver the House to Democrats», *FiveThirtyEight*, 8 de noviembre de 2018.

5. PERSPECTIVAS

la lógica política de colgarle a Trump la etiqueta de «fascista» está suficientemente clara. Significa unirse detrás del programa de la actual dirección del Partido Demócrata: Pelosi, Schumer, los Clintons y Obamas y otros superintendentes del orden oligárquico, el mismo proyecto que entregó la Casa Blanca a Trump en 2016. Sin embargo, su estrategia «moderada» sufrió impresionantes derrotas en noviembre pasado en Indiana, Dakota del Norte y Missouri, mientras que otros candidatos más radicales para gobernadores en Georgia y Florida funcionaron lo suficientemente bien como para producir resultados disputados. Los Demócratas perdieron por treinta y cuatro puntos porcentuales entre los varones blancos sin formación universitaria en las elecciones de medio mandato, pero hay señales de que una política igualitaria, favorable para la clase trabajadora, podría romper este muro⁵⁵. Las destacables huelgas de maestros en West Virginia, Kentucky y Oklahoma, unidas al éxito de iniciativas de votación para la restauración de los derechos de voto a delincuentes en Florida –probablemente la victoria más importante de 2018– y la extensión de Medicaid en Idaho y Nebraska, junto al hecho de que Sanders sigue siendo el político más popular del país, señalan la posibilidad de una coalición radical que pudiera pasar por encima de la división entre el campo y la ciudad. Pero ello exige una crítica consistente de la política del gran capital y del dominio del sector financiero con el que el ala neoliberal del Partido Demócrata está firmemente aliado. La bienvenida elección al Congreso de miembros de Democratic Socialists of America (DSA) –y de un número sin precedentes de mujeres y minorías escasamente representadas– tendrá pocas consecuencias en el país si no hacen más que servir de soldados de a pie para Pelosi.

La lógica de lo que una vez se llamó frentismo popular puede verse más claramente allí donde se le resiste. Así, John Bellamy Foster, un fogoso defensor de la tesis de «Trump como neofascista», sostiene que: «La estrategia del viejo Frente Popular que une a la izquierda con el *establishment* liberal solo es práctica en cierta medida en determinadas áreas», entre ellas la protección de «derechos políticos básicos» como «la separación de poderes y las libertades constitucionales»⁵⁶. Desde luego la defensa de los derechos civiles y políticos básicos es una tarea

⁵⁵ Alec Tyson, «The 2018 Midterm Vote: Divisions by Race, Gender, Education», Pew Research Center, 8 de noviembre de 2018.

⁵⁶ J. Bellamy Foster, *Trump in the White House*, cit., p. 54.

importante para la izquierda estadounidense. Pero, ¿significa esto defender una presidencia imperial, una judicatura federal superior nombrada por el Senado y un sistema electoral mayoritario manipulado por los dos partidos dominantes, tal y como lo define la separación de poderes y la Constitución? El Estado estadounidense en su actual configuración es uno de los ejemplos más claros de lo que Luciano Canfora llama el sistema mixto: «Un poco de democracia y una gran cantidad de oligarquía»⁵⁷. En respuesta al llamamiento de la derecha a favor de una nueva convención constitucional, que debería ser bienvenida en vez de recibida con horror, la izquierda debería adelantar su propia visión política: representación proporcional en distritos plurinominales; una cámara unitaria directamente elegida ante la cual deberían rendir cuentas responsables el poder ejecutivo, el banco central y la judicatura; y la desaparición del FBI, la CIA y el Departamento de «Seguridad Nacional».

Una cualidad del actual gobierno es que, a pesar de su propia falta de coherencia ideológica, Trump politiza todo, socavando de esa manera la ficción de un consenso tecnocrático y de un comportamiento que acata las normas. No hay ningún verdadero paralelismo para sus ataques abiertos al Departamento de Justicia, a los tribunales y a los aparatos de seguridad, por no hablar de su rechazo de la idea de que estructuras como la OTAN, el ALCA o la OMC, por ejemplo, no son políticas. Esta politización generalizada de las instituciones y tratados del Estado neoliberal puede tener consecuencias no previstas. En las elecciones al Congreso de 2018 no hay ninguna duda de que Trump tuvo una gran responsabilidad en el resultado, sin precedentes en los últimos cincuenta años, de una participación del 49 por 100 en unas elecciones de medio mandato. En este sentido, la ascendencia de Trump no ha desembocado en la erosión de la democracia estadounidense, sino que por el contrario ha actuado sin duda como una inyección de adrenalina en un sistema moribundo. ¿Puede conseguir la izquierda aprovechar este nuevo terreno a su favor? El sistema electoral estadounidense sigue siendo uno de los menos democráticos del mundo capitalista avanzado, con tribunales que no rinden cuentas, con un poder ejecutivo arbitrario, con distritos electorales manipulados y con la supresión explícita del voto para fortalecer el sistema mayoritario actual. El Senado funciona cada vez más como el Bundesrat en la Alemania imperial. El único avance es que estas estructuras se analizan cada vez más frecuentemente en la prensa

⁵⁷ Luciano Canfora, *Democracy in Europe: A History of an Ideology*, Oxford, 2006, p. 216; *Democracia. Historia de una idea*, Barcelona, 2004.

predominante como lo que son: obstáculos para la democracia. Se hace tarde y hay mucho en juego; pero malas analogías históricas no ayudarán a hacer frente a la presente crisis.